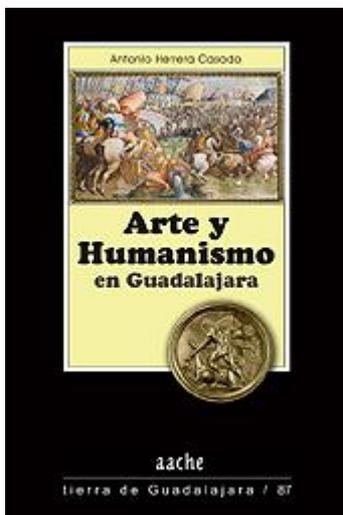


LIBROS Y NOMBRES

DE CASTILLA-LA MANCHA

CENTESIMODUODÉCIMA ENTREGA

112 Año IV/ 12 de abril de 2013



Arte y Humanismo en Guadalajara

Antonio Herrera Casado

Aache ediciones, Guadalajara, 2013;
96 pags.; 12 €

Acabo de leer un ejemplar del último libro publicado por Antonio Herrera Casado, cronista provincial de Guadalajara y profesor de la U. A. H. Éste, tras su jubilación como otorrinolaringólogo, ha tomado más ímpetu en su faceta de cronista, investigador e historiador. Por ello, está retomando temas que quedaron faltos de quedar plasmados en letra impresa, o que necesitan una puesta al día cuando han pasado tres décadas, o más, desde que los publicara y que, como autor que no ha dejado nunca de lado dicho tema, piensa que necesitan una actualización o puesta en valor. Dos ejemplos de hace bien poco son su “*Historia de la Otorrinolaringología Española (1875-1936)*” o su edición comentada de la

“*Chorográfica descripción del Muy Noble, Leal, Fidelísimo y Valerosísimo Señorío de Molina*” de Gregorio López de la Torre y Malo.

Viviendo en Guadalajara, no es de extrañar que Herrera Casado dedicara su atención al Palacio del Infantado desde sus primeros años. Publicó un libro dedicado a dicho palacio en 1975, que reeditó en 1990, 1999 y 2001, ampliado. Dentro del palacio, las pinturas (entonces aún sin restaurar) de los techos de unas salas de la planta baja llamaron su atención, sobre todo porque no existía una interpretación del significado de las mismas más allá de que ensalzaban las glorias de los Mendoza. Fruto de aquella investigación fue un artículo publicado en Wad-al-Hayara en 1981 “*El arte del humanismo mendocino en la Guadalajara del siglo XVI*”. Que el tema era de interés se puso de manifiesto cuando Fernando Marías, profesor de la UAM, desarrollaba paralelamente una investigación sobre el mismo tema que estaba en las pruebas de imprenta. Por ello, el profesor Marías puso una *addenda* de dos páginas al final de su artículo comentando las similitudes y discrepancias en la interpretación de las pinturas. El artículo se titulaba “*Los frescos del palacio del Infantado de Guadalajara: problemas históricos e iconográficos*”, publicado en 1982 en el Boletín de la Real Academia de Bellas Artes de san Fernando. Cabe dentro de lo posible que, de nuevo, este trabajo de Herrera Casado pueda sorprender a quienes, en algún lugar de España, estén investigando estos frescos en la actualidad.

Poco después, en los años 80 del siglo XX, se restauraron y completaron las pinturas supervivientes que el palacio albergaba, y en algunos casos la rehabilitación “inventó” un poco las

partes perdidas, como fue el caso de los soldados que levantaban al infante don Zuria (*zuria* significa blanco en vasco) en la interpretación legendaria de la histórica batalla de Arrigorriaga, pues los Mendoza pretendían descender de dicho infante, amén de la familia paterna del Cid Campeador.

El libro que estamos comentando, “*Arte y Humanismo en Guadalajara*”, es un libro de arte, si bien en un lenguaje asequible aunque riguroso, que recoge las investigaciones antes mencionadas del autor, “tamizadas y completadas” por la lectura del trabajo del profesor Marías y lo investigado por él mismo en este tiempo transcurrido, en lo que el autor denomina “la versión definitiva de un apasionante trabajo”.

Comienza por una somera descripción del primer siglo del palacio del Infantado, sus arquitectos, tallistas y artesanos, así como del duque que lo mandó edificar a partir de 1480. Posteriormente indica unos datos biográficos del quinto duque del Infantado, que “perpetró” una reforma del palacio (1570-1580) largamente criticada por Layna Serrano y que tampoco parece del gusto del autor pues partiendo de un edificio de finales del gótico pretendió hacer un palacio de finales del Renacimiento (la época del manierismo) con un jardín manierista al oeste (con un laberinto y un estanque con barca), amén de habilitar unas habitaciones en la planta baja para su uso por la servidumbre y por los administradores a sueldo del duque, necesarios para controlar, regular e impartir justicia en sus villas y lugares. La verdad es que el duque supo gastar gran parte de su herencia en este palacio y en diversos fastos cuyas deudas aún existían en época del séptimo duque. En la reforma que realizó Acacio de Orejón a gusto del duque, se eliminaron varios

de los artesonados mozárabes que entonces tenía el palacio.

Vistos los resultados a partir de las fotografías de los siglos XIX y primera mitad del siglo XX, y de los documentos y los escasos planos que hay en el Archivo Osuna (se puede consultar ahora cómodamente en el Hospital Tavera de Toledo y algunas partes en Internet, pero en 1980 había que ir “in situ” a desempolvar y transcribir legajos) y en el Archivo Histórico Provincial de Guadalajara, bien parece que el duque actuó como los españoles que, teniendo dinero en los años 60 y 70 del siglo XX, eliminaron de sus casas una serie de bienes muebles e inmuebles por “atrasados” por los que, ahora en el siglo XXI, se pagan buenos dineros por su calidad y antigüedad. El caso es que el grandioso palacio quedó como una mezcla de los dos estilos (para disgusto de Layna Serrano) que, en la reconstrucción y rehabilitación realizada desde 1961, se devolvió en gran parte al estilo anterior a las reformas del duque. No fue una mala opción teniendo en cuenta los restos que quedaban del palacio tras el bombardeo aéreo de 1936 y el incendio posterior.

Al incendio sobrevivieron la mayor parte de las pinturas de las techumbres que hiciera Rómulo Cincinato (Florencia, c. 1540 – Madrid (?), 1597), entre 1578 y 1580, antes y mientras realizaba la primera parte de su trabajo para Felipe II en El Escorial. Herrera Casado cuenta también una somera biografía del pintor y los motivos de las pinturas, así como que también se pintaban en las salas falsos motivos arquitectónicos como ventanas falsas con paisajes y pilastras fingidas. Las pinturas, aunque no gustaran a Layna Serrano y a otros, tienen un notable valor como exponente del “humanismo renacentista” en una Guadalajara que el

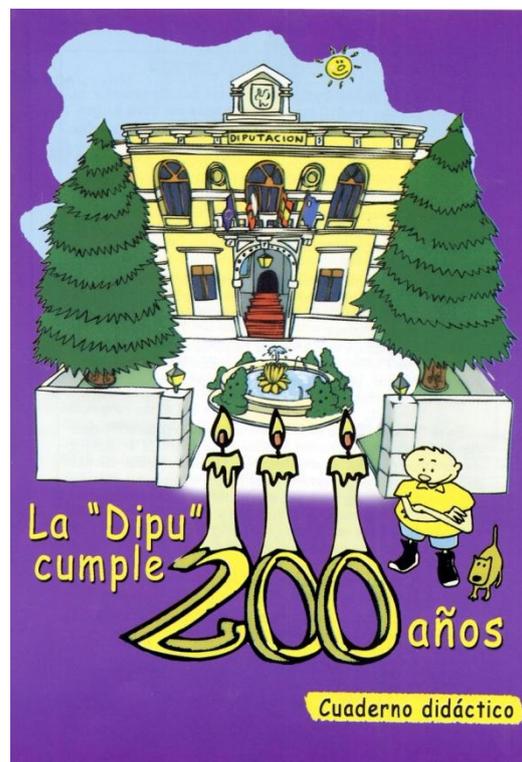
duque intentó convertir en una Atenas, al menos en cuanto respecta a su palacio, pues “se rodeó de una corte de humanistas, entre ellos historiadores, filósofos, novelistas, pintores y artesanos que dieron nuevo impulso al palacio y a la ciudad”.

Pueden admirarse en las salas bajas del palacio al mismo tiempo que se admiran las exposiciones temporales que allí se realizan. Las pinturas son, por su calidad, un valor añadido a estas exposiciones en las salas del Tiempo, de las Batallas (está muy restaurada, quizá algo inventada en la misma), de Atalanta (o de la caza), del Día (totalmente destruida en 1936, aunque queda una foto) y de Escipión (totalmente perdida, no queda ni siquiera una foto), así como en las saletas de los héroes romanos y de los dioses griegos. Tras una descripción del conjunto de pinturas que pueden verse, más una deducción de lo que hubo en la de Escipión y descripción de lo perdido en la sala del Día (gracias a la foto), el autor interpreta el conjunto de pinturas siguiendo la norma interpretativa iconográfico-iconológica diseñada por el historiador de arte y ensayista de origen alemán Erwin Panofsky (1892-1968), quien tras una fructífera carrera en Hamburgo, emigró a Estados Unidos huyendo de los nazis y trabajó en las universidades de Harvard, Princeton (donde murió) y Nueva York, creando una escuela que se prolonga hasta nuestros días.

Es en la “interpretación deductiva del significado de cada una de las pinturas, de las salas y del conjunto” donde el propio autor reconoce que su estudio “está abierto a nuevas aportaciones, a matizaciones más precisas, incluso a un enriquecimiento de su interpretación y valoración” dado que es una interpretación, si bien avalada por años de estudio y de largas horas

contemplando estas pinturas durante los últimos cuarenta años. No es fácil saber qué quería el quinto duque que nos dijeran las pinturas que hizo realizar a Cincinato en un estilo en el que los retratados vestían como héroes romanos aunque vivieran en la Edad Media y tomaran parte en batallas como Arrigorriaga y otras en las que intervinieron los antepasados de los Mendoza, como, presumiblemente, fueron las Navas de Tolosa o Aljubarrota, aunque no aparezca claramente en las pinturas de la sala. Pero sí están claras la fama y las virtudes que querían indicar que eran propias de su dinastía, representadas por las que tuvieron los héroes clásicos romanos que se hallan pintados (en este caso se pretendía que fueran las virtudes cardinales: prudencia, justicia, fortaleza y templanza), y su amor por las humanidades y el clasicismo, aquello que se ha denominado el “humanismo” y que este muy recomendable libro pretende hacernos llegar.

José Luis García de Paz



La “Dipu” cumple 200 años. Cuaderno didáctico

Diputación Provincial de Guadalajara.
Delegación de Cultura y Educación.
Sección de Educación, 2012, 32 pp.

La Diputación de Guadalajara, como ayuntamiento de todos los ayuntamientos de la provincia e institución aglutinadora de todas sus realidades y peculiaridades -no olvidemos que Guadalajara está constituida por 460 pueblos- ha querido acercar a todos y, especialmente, a las nuevas generaciones, su historia y las funciones que viene desarrollando día a día a través del tiempo, con el fin de que sea mejor conocida y, como consecuencia, puedan sentirla como algo suyo, es decir, como lo que verdaderamente es. De ahí su lema que se ha elegido: “200 años 1813-2013. Al servicio de la provincia”.

Para ello ha aprovechado esta ocasión, la mejor de todas, coincidente precisamente con el doscientos aniversario de su constitución.

El cuaderno, sencillo en su contenido, consta de una amena serie de apartados o capítulos. Comienza con una “Breve historia de la Diputación, de su casa-palacio, de su escudo y su bandera”, a modo de introducción, subdividida a su vez en otros apartados menores de fácil lectura y comprensión: “200 años de historia”, “Distintas sedes de la Diputación”, “1882: La Diputación ya tiene Casa-Palacio” y “El escudo y la bandera de la Diputación”, a los que sigue una ficha de “Actividades didácticas I” en la que, a través de cinco preguntas, se trata de fijar la atención

del lector acerca de los datos más destacados y sobresalientes de la lectura precedente. Preguntas y ejercicios de fácil resolución, como ¿Quiénes fueron los arquitectos que proyectaron el edificio del Palacio de la Diputación de Guadalajara?; Investiga por qué la calle de Guadalajara en la que está el antiguo Convento de la Piedad, que hoy es el Instituto de Enseñanza Secundaria “Liceo Caracense”, a pesar de que oficialmente se llama “Doctor Benito Hernando”, popularmente es conocida como “Calle Museo”, o ¿De qué estilo es el patio central del Palacio de la Diputación”, además de algunos juegos que, sin duda, contribuirán a que el interesado indague y lea detenidamente el texto precedente.

Un segundo apartado lleva por título “La provincia de Guadalajara” y en él, se ofrece un amplio panorama cultural que comprende desde la historia, demografía y territorio provinciales y su geografía y paisaje, hasta los datos más sobresalientes del patrimonio histórico-artístico, además de unas sencillas notas acerca de Guadalajara en la literatura, desde el *Poema de Mío Cid*, hasta *Viaje a la Alcarria* de Camilo José Cela. Unas pinceladas que sin duda servirán de información para muchos y que a otros le recordarán cosas ya conocidas pero que, de vez en cuando conviene “refrescar”.

Una nueva hoja de actividades didácticas, la II, ayuda a conservar en la memoria los datos anteriores a través de preguntas, juegos y acertijos. Por ejemplo: 2.- ¿En qué pueblo de la provincia está la Cueva de los Casares, en la que hay unos 200 grabados rupestres que datan del Paleolítico?

El tercer punto entra más de lleno en lo que podríamos considerar como “fase

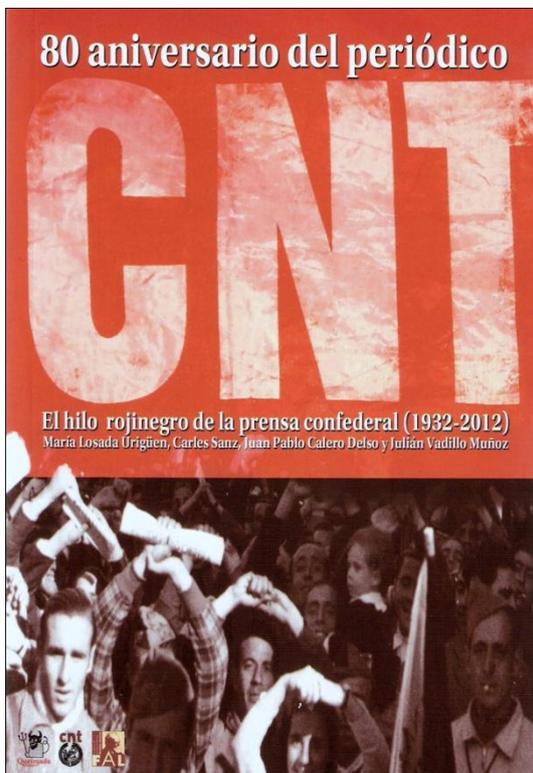
previa o de iniciación al conocimiento de la Diputación”, puesto que en él se tratan temas como ¿Para qué y por quién trabaja la Diputación, cómo se elige la corporación provincial y cómo se organiza?, tema este que deberían leer con atención e interés muchos alcarreños. Capítulo que, como los anteriores, se cierra con una nueva ficha de actividades didácticas, la III, de mayor enjundia, aunque sin especial dificultad.

El apartado más amplio, como no podía ser de otra forma, corresponde a las principales tareas que la Diputación desarrolla en beneficio de los pueblos y los habitantes de la provincia, que muchas personas desconocen y que aquí pueden leer con meridiana claridad a través de la explicación del contenido de las distintas áreas de que consta: Secretaría General y Recursos Humanos y Régimen Interior, Economía y Hacienda -encargada de elaborar los presupuestos anuales-, Obras y Servicios -a cargo, entre otras muchas cosas, de la construcción y mantenimiento de la red de carreteras provinciales, así como de numerosas obras de abastecimiento, distribución y saneamiento de aguas, pavimentación de calles, mejora del alumbrado público, etc.-, Servicio de Asistencia al Municipio -cuyas funciones son de ayuda y asesoramiento a las corporaciones municipales con menos recursos económicos-, Agricultura, Ganadería y Medio Ambiente -puesto que Guadalajara es una provincia que cuenta con un elevado número de municipios dedicados básicamente a la agricultura y a la ganadería-, Sanidad y Bienestar Social -actualmente mediante la colaboración con Cruz Roja, Cáritas y diversas ONGs y asociaciones de ayuda a los desfavorecidos, así como a la formación de los desempleados-, Promoción Económica y Empleo -

importante en una provincia con un gran índice de despoblación, de cara a la búsqueda de recursos que generen puestos de trabajo y mantengan la población rural-, Centros Comarcales y Cooperación Municipal -una serie de oficinas ubicadas en distintos núcleos rurales, que hacen de cabecera de comarca: Guadalajara Sur, Sigüenza, Molina de Aragón y Cifuentes, con el fin de atender las necesidades primordiales de los pueblos: averías, mal funcionamiento de infraestructuras, obras en edificios municipales...-, Consorcio para el Servicio de Prevención, Extinción de Incendios, Protección Civil y Salvamento de la Provincia, Cultura y Educación -que brinda a los pueblos la posibilidad de acoger exposiciones, conferencias, proyecciones cinematográficas, representaciones teatrales, recitales poéticos y ayudas bibliotecarias, así como la celebración de otro tipo de exposiciones en el Espacio de Arte “Antonio Pérez”. Cuenta, además, con el Centro de la Fotografía y la Imagen Histórica de Guadalajara (que custodia, entre otros, los fondos “Tomás Camarillo” y “Latorre-Vegas”), la Biblioteca de Investigadores de la Provincia, el Archivo de la Diputación y, en breve, el Centro de Cultura Tradicional, que se está instalando en Atienza, la Escuela de Folklore y la Residencia de Estudiantes, amén de colaborar con los Museos Diocesano de Arte Sacro de Sigüenza y de Molina y con la UNED y la Universidad de Alcalá de Henares, sin olvidar la Banda de Música Provincial, de reconocido prestigio-, Juventud y Deportes -encargada de colaborar con numerosos clubes y federaciones deportivas, para lo que dispone de las instalaciones del Polideportivo San José, lugar donde se celebran anualmente eventos como Naviguad, MiniGuadajoven, la Copa Diputación, etc.- y, finalmente, un departamento que cada vez va

adquiriendo más bríos: la de Turismo y Ferias -que se ocupa de dar a conocer la riqueza del patrimonio histórico-artístico y etnográfico de la provincia, especialmente a través de FITUR y del Centro de Interpretación del Turismo de Guadalajara que la Diputación tiene instalado en el castillo de Torija, sin dejar a un lado su colaboración en diferentes rutas turísticas como las del Cid, el Quijote, Santiago, etc.- Finaliza el cuaderno con una nueva tanda de actividades didácticas, la IV, y con las soluciones a las mismas, que, con toda seguridad, habrá que consultar para comprobar que se ha respondido adecuadamente a todas las preguntas y se han sabido resolver las diferentes pruebas que han puesto en juego los conocimientos que acerca de la provincia ha podido adquirir el lector. Un ejemplo de material didáctico que, a nuestro parecer, constituye todo un acierto y que debería repetirse en otros aspectos.

José Ramón López de los Mozos



Cuando en 1975 el movimiento anarquista reorganiza la CNT, se decide volverlo a editar, esta vez con periodicidad mensual. Y hasta la fecha ha seguido saliendo, para orgullo de libertarios y disgusto de autoritarios de todo tipo. Para saber más de la historia del periódico se puede consultar el libro de reciente aparición, *El hilo rojinegro de la prensa confederal (1932-2012). 80 aniversario del periódico CNT*, de **Juan Pablo Calero**, M. Losada, C. Sanz y J. Vadillo.

80 años defendiendo a la clase trabajadora

El pasado 14 de noviembre se cumplieron 80 años de la aparición del primer número del periódico *CNT*. Se decidió su creación en un congreso confederal, el llamado del Conservatorio (Madrid, 1931) por el local en el que se celebró (actualmente el teatro María Guerrero). Se había proclamado la República en España tras una dictadura militar instaurada, sobre todo, para frenar las victorias de los sindicatos adheridos a la CNT. A pesar de la brutal represión, la CNT continúa siendo una organización potente: a este congreso acuden delegados en representación de más de 500.000 trabajadores, ¡a solo dos meses de la vuelta a la legalidad!

El Congreso decide tener un segundo periódico diario, aparte del barcelonés *Solidaridad obrera*. Tendrá ámbito nacional y se editará en Madrid. Pero, ¿por qué en esta ciudad? Sin contar con las poblaciones catalanas, donde la CNT tenía una afiliación numerosísima, hay ciudades con fuerte implantación del sindicalismo revolucionario como Valencia (23.000 afiliados), Sevilla (21.000) o Zaragoza (16.000). La decisión, a pesar de que Madrid cuenta con solo 5.000 afiliados, es más de orden político; se trata de editar el diario en la capital de España, que es donde se elabora la política del país.

Una decisión que la Historia ha demostrado acertada por la repercusión que tuvo el periódico en el conjunto de la clase obrera española y también, justo es decirlo, por el incremento que supuso en la afiliación capitalina: al siguiente congreso (Zaragoza, 1936) son 37.000 los trabajadores madrileños con carnet confederal.

Pero en 1932 la militancia es exigua. Los sindicatos revolucionarios se han mantenido en la capital alrededor del Ateneo Sindicalista, una creación de los grupos anarquistas. El dato no es trivial, pues ayuda a explicar el radicalismo que se enfrentó al reformismo de los sindicatos socialistas (UGT), colaboracionistas con la Dictadura y, después, defensores a ultranza de la recién nacida República. República que no dudó en prohibir el periódico tras la Revolución de Octubre de 1934. Reapareció en julio de 1936, informando durante todo el periodo bélico. Pasó después a editarse en el exilio, donde tuvo periodicidad semanal. También se imprimió clandestinamente en el interior.

Pero queremos también aprovechar la ocasión para resaltar una característica del periódico frecuentemente olvidada. Nos referimos a la creación de los símbolos identificativos de la CNT. Cuando se crea el periódico, para referirse a la CNT se suele decir “los sindicatos”, “la Confederación”, “la Organización”, escribiéndose así o, si se recurre a las siglas, se suele poner “CN del T”. A partir de entonces se generaliza la utilización de las siglas CNT. Por cierto, el nombre del periódico surgió en contraposición al máximo órgano de las clases conservadoras, el *ABC*.

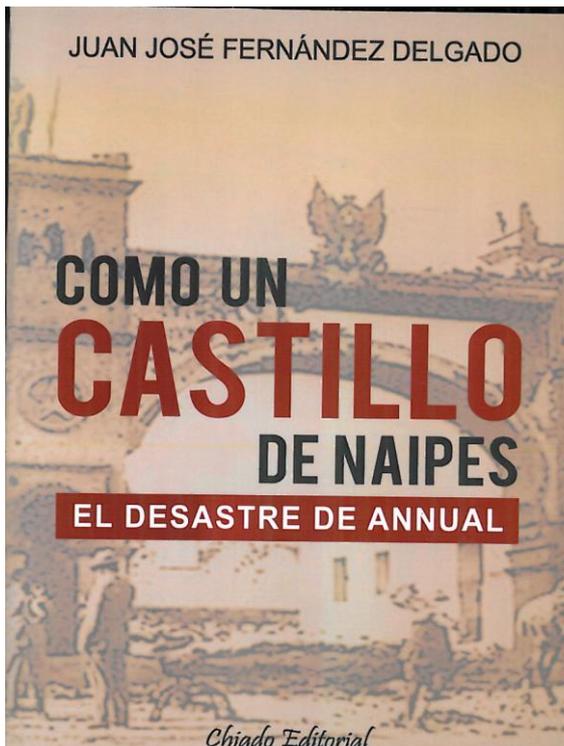
La CNT ya tenía un escudo, Hércules despedazando al león de Nemea. Se dice que surgió a partir del Congreso de la Regional catalana de Sans (por el barrio barcelonés donde se celebró

pero no está claro que se presentara allí y, mucho menos, que se sometiera a votación; pensamos que se aceptó sin más (lo mismo ocurrió con el supuesto emblema de la AIT a mediados del siglo pasado). El problema del escudo es que, en la época, era complicado reproducirlo en la propaganda; habrían tenido que contar los compañeros de todos los sindicatos con imágenes de diferentes tamaños, y eso resultaba muy caro. Por eso se optó por poner las siglas para que, en un golpe de vista, se identificara quién editaba la propaganda. Lo de introducir los colores rojo y negro en la cabecera es de 1934 y tiene mucho que ver con la pertenencia a grupos anarquistas de los animadores del periódico. La CNT, si usaba alguna bandera, era la roja. Lo mismo vale para el anarquismo, al menos en España. El anarquismo internacional empieza, tras la Comuna de París, a teñir sus banderas de negro y, sobre todo, a confeccionarlas rojas y negras por mitades. Esto a pesar de quien identifica esos colores como unión de anarquismo y sindicalismo, y de cierto ególatra que se presenta como inventor de la bandera rojinegra en 1931. La rojinegra es la bandera anarquista tras la Dictadura, pues es conocida por los compañeros exiliados en Europa; también por los contactos con el movimiento libertario de Sudamérica.

De hecho, en los primeros años treinta se la conoce como “la bandera de la FAI”. No es ajena la redacción del periódico CNT a que sea adoptada como propia por los sindicatos confederales, e incluso por la AIT. Y así hasta la fecha.

Felicitemos al periódico *CNT* por sus primeros 80 años y le deseamos una larga y revolucionaria vida. Con salud y anarquía.

Alfredo González en Tierra y Libertad; n° 294, enero 2013



Juan José Fernández Delgado

Como un castillo de naipes. El desastre de anual (novela)

Chiado Ed.; Lisboa, 2013

Cuando hace poco más de quince días recibí una llamada urgente de Juan José Fernández Delgado, para decirme que si quería presentarle un libro en los primeros días de abril, en esta biblioteca, le respondí de inmediato que sí. Y acepté su ofrecimiento por varias razones, dos de ellas sentimentales: la primera –que Uds. no tienen por qué saber– es que Juanjo fue alumno de mi madre, Amalia Serrano Camarasa, mientras cursaba sus estudios de bachiller aquí en Toledo, en el castillo de San Servando, y precisamente fue en los primeros días de abril cuando mi madre murió, en concreto, anteayer fue el cuarto aniversario de su

fallecimiento. ¡Cuántos y buenos recuerdos nos han quedado de aquellos años 60 a los adolescentes de entonces! ¿Verdad, Juanjo? Así que, movida por el recuerdo de mi madre, acepté la invitación de su antiguo discípulo. La segunda, también relacionada con los sentimientos familiares, es que Juanjo se ha hecho todo un experto en un tío mío, el gran y apasionado toledanista Santiago Camarasa, y gracias a Juanjo he podido disfrutar de la presencia de mi tía Sagrario Camarasa y de mis primos, que, animados por él, ahora visitan con cierta frecuencia Toledo.

Pero hubo otra tercera razón y esta no la sabe Juan José, y es que hace ya décadas, un verano, decidí llenar un vacío en mis lecturas y leer los libros de Félix Urabayen. Y, aprovechándome de la magnífica biblioteca de mi primo Emilio Vaquero, q. e. p. d., que atesoraba todas las novelas de don Félix, me puse manos a la obra. Y el escritor hizo que me reencontrara con Juan José Fernández, porque, tras la lectura de las novelas, llegué a los estudios sobre su obra y di con un libro –creo que tesis doctoral– de Juanjo, *Félix Urabayen: la narrativa de un escritor navarro-toledano*, publicado por la Caja de Ahorro de Toledo, hacía poco, en 1988. Estudio que leí con suma atención y aprovechamiento, donde pude apreciar el buen hacer del investigador, a quien desde entonces no he perdido la pista.

Volveré ahora a la llamada telefónica de Juanjo, en la que la sorpresa llegó cuando, tras preguntarle yo de qué trataba el nuevo libro, él me respondió que sobre el Desastre de Annual. Me quedé atónita porque ese no era ninguno de mis temas acostumbrados sobre

literatura, y de tal hecho histórico nada más recordaba a Abdel Krihm, la terrible derrota que allí sufrimos y la noticia surgida hacía unos días de que el Consejo de Ministros había concedido la Cruz laureada de San Fernando colectiva al Regimiento de Alcántara, por su sacrificio en aquellas tierras norteafricanas, donde este regimiento, que protegió heroicamente el repliegue de las tropas españolas desde las posiciones de Annual hasta Monte Arruit, perdió –según recordaban los periódicos– a 28 de sus 32 oficiales y a 523 de sus 685 soldados, entre el 22 de julio y el 9 de agosto de 1921. También me había enterado de que aquí, en el Museo del Ejército, se iba a celebrar una exposición durante tres meses en honor de los héroes del Alcántara. Y yo me preguntaba por qué Juanjo me había elegido a mí como presentadora de tal libro. ¿Sabía que yo pertenecía a la familia castrense y que mi padre había sido durante años militar en África?

Fuera como fuese, me entregué con intensidad a la lectura de *Como un castillo de naipes. El Desastre de Annual*. ¿Y qué puedo destacar de este libro? Primero, lo bien que está escrito y la documentación exhaustiva que el autor ha tenido que manejar para elaborarlo. No he encontrado ni una sola errata tipográfica, aunque no descarto que pueda haberlas, pero yo no las he visto. Y sí me ha llamado la atención la disposición del relato, al modo en que lo hizo Luis Martín Santos en *Tiempo de silencio*, no en capítulos, sino en secuencias, a veces muy breves, separadas por espacios en blanco, sin numeración, lo cual aligera mucho la lectura. Son de destacar también los diferentes géneros literarios que

aparecen, por ejemplo, el epistolar, tan corriente entre los soldados y sus familias o entre los altos cargos militares y el Gobierno; las descripciones topográficas, imprescindibles para un libro de tema bélico, precisas y no tan exageradas como las de Juan Benet en *Volverás a Región*; el personaje colectivo, siguiendo los pasos de Cela en *La Colmena*, soldados entre quienes, –valgan de muestra– se hallan toledanos de diferentes pueblos de la provincia, o militares de las grandes familias castrenses como Fernando Primo de Rivera; los diálogos plagados de términos y expresiones cuarteleras, con pocos pero algunos tacos; voces africanistas como *cabila*, *harca*, que Juanjo, contrariamente a la Real Academia, escribe con k, o *gumía* (esa daga un poco encorvada propia de los moros) y otras palabras del vocabulario militar como *blocao*, el fortín de madera desmontable. Y, cómo no, anécdotas, de entre la que destacaría la de la botadura del crucero *Princesa de Asturias* (pp. 312 y ss), que no había manera de que se hiciese a la mar.

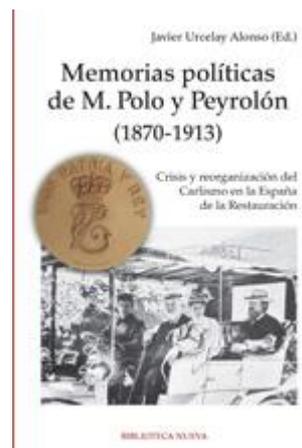
Y, aparte de Martín Santos, Benet o Cela, esta narración de Juan José me ha recordado a Pedro Antonio de Alarcón y su *Diario de un testigo de la guerra de África*, de 1859. Y a Galdós, con sus *Episodios nacionales*, pues Annual pudiera haber sido uno más de los capítulos que, de no haber muerto unos meses antes, hubiese podido narrar don Benito. Y de los más cercanos a nosotros tres son los escritores que, al leer la novela de Juanjo, se me venían a la cabeza: el magnífico Luys Santa Marina, con su desgarradora obra *Tras el águila del César. Elegía del Tercio*,

de 1924; Rafael García Serrano, con *La fiel infantería* (1943), y cómo no recordar su incomparable *Diccionario para un macuto* (1964) y *La gran esperanza* (Premio Espejo de España, 1983); y por último, mi admirado Arturo Pérez Reverte y, por ejemplo, sus novelas *Un día de cólera* (2007) y *El asedio* (2010).

Para terminar, les diré que Juan José Fernández acaba su novela con una pregunta reiterada que atribuye a uno de sus personajes, José Oliver Busquet. Naturalmente son interrogaciones retóricas a las que no hay que responder porque constituyen una afirmación clarísima. Y en la respuesta que quiere que el lector dé, tendrá razón Juanjo, que es quien habla por boca del otro José, pero yo no respondería del todo como él espera, o lo matizaría con un hecho que, desde el punto de vista de una hija de militar, resultó y, en mi opinión aún sigue siendo muy importante para la Historia de España. Mi rectificación tal vez coincida con uno de los párrafos de la penúltima secuencia del libro, que dice:

Cuando [los soldados supervivientes que se disponían a regresar a la península desde Melilla] llegaron al puerto, [vieron a unos] legionarios del Tercio [recién fundado], que esa misma tarde habían desembarcado entre “Vivas” entusiastas, lágrimas y aplausos...

Carmen Vaquero Serrano.
Texto leído en la presentación del libro en la Biblioteca de CLM: 4 de abril, 2013



Memorias políticas de M. Polo y Peyrolón (1870-1913) Crisis y reorganización del carlismo en la España de la Restauración

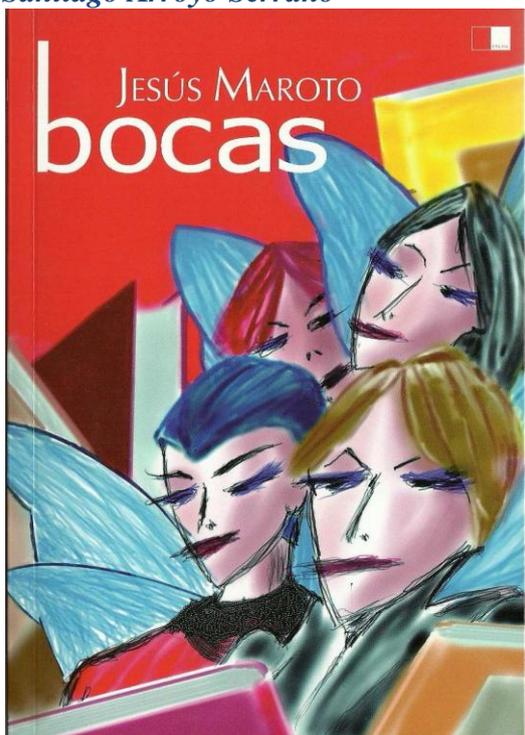
Javier Urcelay Alonso (editor)

Editorial Biblioteca Nueva, S.L.
2013; Madrid. 424 pags.; 24 €

Este libro abarca un período particularmente interesante de la historia del carlismo. La derrota militar en la última guerra (1876) estuvo a punto de conducir a su desaparición. Sin embargo, a partir de la última década del siglo XIX, el carlismo vuelve al primer plano de la escena política española, hasta el punto de acariciar la toma del poder con ocasión de la gran crisis nacional del 98. Oscuras circunstancias lo impidieron, y el mazazo de la oportunidad perdida fue casi equivalente a lo que dos décadas antes había supuesto la derrota militar. Tuvieron que pasar varios años para que volvieran a levantarse los ánimos. Este nuevo renacer del carlismo coincidió con el declive personal de don Carlos y con el ascenso de la nueva figura de su hijo don Jaime. Todo este período constituye el telón de fondo de la obra.

De la web de Marcial Pons

Manuel POLO Y PEYROLÓN. Nació en Cañete (Cuenca) el 11 de junio de 1846. Cursó el bachillerato en Valencia y las carreras de filosofía y letras y derecho en Valencia y Madrid, a cuyo término en 1867 fue nombrado profesor auxiliar en la cátedra de filosofía del Instituto de Valencia y al año siguiente ayudante de metafísica en su Universidad. En 1870 obtenía por oposición la cátedra de psicología, lógica y ética de Instituto de Teruel donde pasó nueve años, hasta 1879 en que pasaba por concurso al instituto de Valencia en el que permaneció hasta su jubilación. Como propagandista católico y tradicionalista intervino en numerosas actividades públicas, habiendo sido condecorado por León XIII con la cruz Pro Ecclesia et Pontífice. Fue también socio de mérito de la Sociedad Económica de Amigos del País de Alicante, correspondiente a la Real Academia de la Historia, comendador de Isabel la Católica y elegido senador en 1907, dignidad que también ostentaba a su muerte ocurrida en Valencia en abril de 1918. *Del Diccionario de Pensadores de CLM, de Santiago Arroyo Serrano*



Bocas

Jesús Maroto

Prólogo de José Ángel García

Editorial Celya. Colección Generación del Vértice

Toledo, 2013. 90 páginas

Un muy hábil decir poético

Cada vez que Jesús Maroto ofrece una nueva entrega poética, surge una unánimemente sensación resumida en el prólogo de *Bocas*, tan agradablemente editado, en el que el prologuista José Ángel García pone por delante que Jesús Maroto, ya en su haber una decena de libros, es “poseedor de un agudo y hábil decir” y de “un más que honesto sentir poético”, revelando precisamente el dilema de la sensación reflexiva aunada en la viveza de un habla lírica impulsada como un vigoroso eco; eco muy resonante que, aún así, se muestra en ocasiones pianísimamente musitado desde una más que fértil concepción. El lenguaje poético de Jesús Maroto, construido por esa exigente estructura dotada de tan diáfana sencillez, sin dejar de establecer la firmeza de su propiedad poética no por eso abjura de ser funcionalmente una expresión conversacional elevándose en un eficaz acto comunicativo que proyecta con la máxima fluidez experiencia y conocimiento. Uno de los elementos más atractivos de la poesía de Jesús Maroto es la capacidad respiratoria que exhalan sus versos contenidos en breves cláusulas, dúctiles, maleables; capacidad respiratoria mucho más ventajosa que los ritmos canónicos, convencionales, conjuntada por esas pausas y silencios que completan, aquilatándolo, el mejor arte de

la escritura, como es el caso. Esos alientos respiratorios de su poesía se manifiestan tan naturales, que nos pudiéramos llevar a engaño y creer que sus composiciones son productos basados en una ejecutoria improvisada y espontánea. Muy al contrario, hay en esas piezas ceñidas, ahormadas en su tan personal y originalísimo estilo, un quehacer sumamente minucioso de una muy trabajada orfebrería verbal.

Al entrar en *Bocas*, el lector va vislumbrando esos elementos fundamentales erigiéndose en una rica panoplia de constantes expandidas como enseñas. Imaginación poética de Jesús Maroto estableciendo esa autónoma realidad que otorga plena identidad al poema: “De tu boca a la mía / puede que medie / un solo beso / que nunca podré dar.” Esta aparente imposibilidad es un hecho del mundo, pero la realidad que se adueña del decir de esta breve composición es infinitamente más amplia que el mundo.

Extensión virtual que equivale a la magia del buen poema. Juegan también en *Bocas* ambivalencias, escepticismos, enunciaciones sorprendidas, “son tan ambiguos / los sentimientos”... Su narración está plagada de recursos enfáticos como ejes de un diálogo implícito, observándose también, de modo intermitente, una decantación metalingüística en algunos de los textos del libro, bien detallando el proceso del poema haciéndose: “Cuando corrijo, reescribo. / Les hago la cirugía estética. // Pero cuando rompo, / rompo de verdad.”, bien diseñando irónicamente una mimesis periodística, un arrojito poético a través de cual el poeta se siente, diríamos, entrevistado por el mundo: “Quien quiera saber / cómo escribo / lo que escribo/ que pregunte.”

Y en todo momento dando cuenta de esos avisos y esas huellas de la experiencia, frágiles e indecibles: “A la boca / del poeta

/ acuden / multitud / de besos relámpago. // Ninguno se va. / Ninguno se queda.”

El poeta parece asentir en el silencio y la contemplación situados por encima de la elocuencia engañosa de las palabras, mejorando la debida tensión del resultado: “Mi boca es un lago. / ¿Por qué molestar / a las palabras? // Escucho / lo que dice el agua.” José Ángel García ya avisa claramente de la impronta amorosa que domina el discurso de *Bocas*. Expresión sustentada en un ideal silencioso y altamente versátil y locuaz: “De / tu boca / el maná / que / milagrosamente / cae sobre mí / cuando callada me hablas.”

“Veo / el porvenir / como un inmenso / jardín (desolado) / en el que / las estatuas / hablan entre sí.” La delicada concisión de este poema establece un auténtico reino de la imagen, que nos hace recordar el dictamen del surrealista André Breton, en el sentido de definir la imaginación (cúmulo de la imagen) como un “anticipar lo que será”. A propósito de esta frase, nuestro Juan Eduardo Cirlot, en su opúsculo *La imagen surrealista*, aclara que esta sentencia significa “liberar la tensión del ánimo mediante la formulación de un sistema figurativo, suerte de microcosmos integral y cerrado”, que casualmente es lo que, cabalmente, representa el poema.

Amador Palacios